

Aguas aéreas

Las grullas de Íbico

David Huerta

Según algunos antiguos, investigadores curiosos del mundo natural, las grullas son meramente animales estúpidos, indignos de la menor atención. Para otros, entre esos ancestros de los científicos modernos, las angulosas y gráciles grullas eran y representaban lo contrario: criaturas prudentes, dechado de sabiduría, capaces de una conducta ejemplar.

Para Aristóteles, en su papel de historiador de la naturaleza, las grullas son animales “políticos”, es decir, capaces de actuar con un sentido de comunidad y regidos por una dirección única, razonable, rasgo no siempre visto en los animales gregarios. El hombre, la abeja y la avispa acompañan a las grullas en esa caracterización de la zoología aristotélica; el pasaje constituye una *etopeya* una curiosa semblanza moral y psicológica de esos animales.

En el diálogo platónico *El Político* (263d), la grulla aparece —se trata de una forma figurada o conjetural de presentar las cosas— “dotada de razón”. Un personaje sabio, el Extranjero se dirige así a otro, llamado Sócrates el Joven:

...esto, hombre entre todos audaz, es lo que quizá haría cualquier otro animal que pudiéramos figurarnos dotado de razón, como la grulla, por ejemplo, o cualquier otro; también ella distribuiría los nombres como haces tú: aislaría primero el género grullas para oponerlos a todos los demás animales, y de esta forma glorificarse a sí mismo, y rechazaría el resto, hombres incluidos, en un mismo grupo, para el que probablemente no encontraría otro nombre que el de bestias.

El Extranjero aconseja sabiamente a Sócrates el Joven —“hombre entre todos

audaz”— y, por medio de él, edifica a todos los demás hombres, presentes y futuros, con esta exhortación llena de sensatez: “Esforcémonos, pues, en lo que a nosotros respecta, en mantenernos libres de todas las fallas de esta clase”. (Cito la traducción de Francisco de P. Samaranch). Es una diáfana prefiguración del exclusivismo de la propia especie —noción paralela a la de racismo— examinado, entre otros, por el genetista inglés Richard Dawkins, ensayista consumado y príncipe entre los modernos divulgadores de la ciencia. En inglés, Dawkins lo llama “*speciesism*”; no he averiguado cómo se dice en español: ¿especiecismo, especismo?

La elección de la grulla para el apólogo del Extranjero es en modo alguno azarosa. Algo singular, acaso profundamente significativo desde el punto de vista de la simbología de todas las edades, había en esas aves, a los ojos del mundo clásico; a esa singularidad debemos atribuir su mitología, su emblemática, su simbolismo.

En algunas alegorías y emblemas clásicos, la grulla aparece en vuelo con un guijarro en la pata; esto indica su *prudencia*: para saber si viaja sobre agua o sobre tierra, el ave suelta ese guijarro y se detiene en pleno cielo para escuchar el sonido del guijarro al término de su caída. En otras versiones, el guijarro en la pata de la grulla es una especie de “despertador”: si se duerme, la caída del guijarro la saca de su desatención y la pone una vez más alerta; las representaciones gráficas de esta escena suelen ser muy simpáticas: tiene una pata extendida sobre la cual se apoya y la otra recogida, con la piedra bien afianzada. Hay una verdad comprobable en esa imagen: las grullas duermen, como otras aves, sostenidas en una sola pata.

Aves diversas sirven también como jeroglífico de la prudencia, de la vigilancia, de la vigilia expectante: la garza y el águila, entre otros; parientes, en ese terreno intelectual o moral, de las grullas socráticas. Los poetas las llaman a sus versos para presentar ciertos rasgos psicológicos, algunos valores, o bien para ilustrar una conducta peculiar. Veamos, en primer lugar, una grulla española del siglo XVI.

En la edición de la obra de Garcilaso de la Vega hecha por Fernando de Herrera en 1580, la ortografía del nombre del ave zancuda es fluctuante: “grúa” o “gruya”; los editores modernos de Garcilaso escriben siempre, naturalmente, “grulla”. En un pasaje de la *Égloga* segunda, leemos:

¿Qué me dirás si con su mano alzada,
haciendo la noturna centinela,
la grulla de nosotros fue engañada?

Las grandes anotaciones garcilasianas de Herrera remiten a Claudio Eliano y a Plinio. En la *Historia de los animales* (III, 13 para las ediciones modernas), Eliano explica, nos cuenta Fernando de Herrera,

...que las grúas duermen toda la noche, y que tres o cuatro velan haciendo guarda a las demás; y que por no vencerse del sueño, sufren un fatigoso y molesto trabajo, porque levantando un pie, tienen en él con gran cuidado una piedra para que, cuando las acometa el sueño, y se haga señor de ellas, las despierte el ruido de la piedra que se les cayere.

Aristóteles y Plinio dan noticia de las guerras de los pigmeos y las grullas. En su



Arcadia, Jacopo Sanazzaro le adosa a la grulla el calificativo de “cauta”.

Luis de Góngora dedica al vuelo de las grullas un pasaje (versos 602 a 611) de la primera de las *Soledades*: compara el paso de un grupo de jóvenes serranos con el vuelo de las “grullas veleras” (verso 606); las zancudas, escribe el genio andaluz, no son barcos voladores (“volantes no galeras”), pero se asemejan a ellos. En los versos y en la versificación, por medios estrictamente poéticos, formales, don Luis consigue uno de esos prodigios únicos de su obra: representar con solas palabras el tema de ese vuelo. Góngora agrega a su descripción un dato precioso, procedente de las leyendas antiguas acerca del origen de la escritura: el triángulo formado por el escuadrón de grullas parece escribir sobre el cielo (versos 608-610):

... caracteres tal vez formando alados
en el papel diáfano del cielo
las plumas de su vuelo.

Según cierta tradición, ese vuelo “escribe” en el cielo la cuarta letra del alfabeto griego: la *delta*; más precisamente, una delta mayúscula: Δ. Para otros, se trata de una ípsilon, nuestra *i* griega, también mayúscula: Υ. El curioso lector podrá consultar con provecho —y con asombro lleno de admiración, tanto por el crítico como por el poeta— la nota de Robert Jammes (páginas 153-154) en su edición de las *Soledades* (Castalia, 1994).

Dos versos, el primero del *Polifemo* gongorino y el segundo del *Primer Sueño* de sor Juana Inés de la Cruz, se relacionan genéticamente con dos versos de *Muerte sin fin* de José Gorostiza; hélos aquí, en orden de aparición: 1) “librada en un pie toda sobre él pende”; 2) “a un solo pie librada fía el peso”; 3) “sueño de garza anochecido a plomo / que cambia sí de pie, mas no de sueño”. Tres seres diversos y semejantes: la muchacha mágica de Góngora, el águila —a vejupiterina— de sor Juana, la garza vigilante de Gorostiza. Debo esta observación al trabajo crítico de Arturo Cantú, uno de los mejores lectores de poesía, en su libro *En la red de cristal*; es la anotación a los versos 242 y 243 de *Muerte sin fin*.

En sus notas al *Primer Sueño*, Alfonso Méndez Plancarte cita el *Volucario* de Leonardo da Vinci: “Temiendo que su rey perezca por falta de vigilancia, las grullas lo rodean de noche, sosteniendo una piedra en una garra, a fin de que si el sueño las vence, el ruido que haga la piedra al caer, las despierte”. Es un pasaje inspirado por Plinio (*Historia Natural* x, 23).

El hermoso *Bestiario medieval* editado por Ignacio Malaxecheverría (ediciones Siruela) contiene algunos mitos y leyendas sobre las grullas. Fedro, Aviano y Rómulo, fabulistas, ofrecen imágenes moralizantes de grullas en diversos apólogos.

Grullas virgilianas: en el décimo libro de la *Eneida*, aparecen las grullas macedonias, habitantes de las riberas del río Estrimón. Prodigan los signos y los pronósticos

en el cielo y surcan los aires, bajo nubes oscuras, como si nadaran por el éter. Huyen del viento y de la lluvia. Su ronco grito llena los ámbitos.

Las relaciones de la grulla con el laberinto han sido esclarecidas por Marcel Detienne en un ensayo de hermosa lucidez.

Las afiladas patas de la grulla trazan sobre la tierra una danza extravagante. El dibujo dejado en el polvo al final de ese baile, en sus enmarañadas evoluciones, resulta una imagen fiel del dédalo enloquecedor y letal. En los rituales laberínticos, una fila de jóvenes imita ese baile de las solemnes zancudas, cuya torpeza en tierra da ese fruto escritural, garabato indescifrable —tan indescifrable como el laberinto, con sus vueltas y revueltas.

Al principio de su ensayo (titulado “La grulla y el laberinto”), Marcel Detienne propone a nuestra reflexión una de las definiciones más amadas por mí: el laberinto es el camino más largo dentro del espacio más breve.

Imagino a las grullas en el trance de crear con sus patas laberintos de escrituras sobre la tierra pedregosa y llena de polvo de la Grecia antigua. Luego las veo levantar el vuelo, trazar una forma fascinante sobre los cielos y alejarse al filo de una *airosa teoría de nubes*.

Las grullas son aves de presagios. En una de las odas de fray Luis de León —dedicada a Juan de Grial; su primer verso es “Recoge ya en el seno”— leemos estos versos intrigantes:

...ya el ave vengadora
del Íbico navega los nublados
y con voz ronca llora...

El pasaje frayluisino describe el comienzo del otoño; es decir: el momento o estación del año anunciado por la llegada de las grullas: éstas son las aves “del Íbico”, o mejor todavía: *de Íbico*, pues con este nombre se indica a una persona, poeta por más señas. (Las maneras de fray Luis llaman a veces la atención: el sintagma “del Íbico” junta un

a rículo con un nombre propio. Por otro lado, si uno lo ve de cerca y piensa un poco, ¿no es raro el adjetivo “mundanal”, tan citado por miles y miles en la frase “el mundanal ruidito” de la primera de sus odas? A ese ruido mundanal se opondría el sublime y altísimo silencio “divinal”).

Esas grullas de Íbico son, pues, anunciadoras otoñales. Fray Luis usa el número singular (“ave”) para señalar a una parvada, a muchas grullas: las *aves vengadoras* del poeta Íbico. La “voz ronca” de las zancudas será el instrumento de esa venganza. Antonio Alatorre ofrece un resumen de la leyenda (en sus notas a las *Nueve odas* de fray Luis):

En el momento de ser apuñalado Íbico, en campo raso, por unos bandidos, pasaron volando unas grullas a quienes él puso por testigos del crimen. Después, estando en la plaza pública de Corinto, los asesinos vieron una bandada de grullas e hicieron un comentario que a los oyentes les pareció sospechoso. Fueron apresados y ahorcados, y así Íbico tuvo su venganza.

Grullas: aves vengadoras, aves de presagios. Sus veredictos o condenas son pronunciados con la voz pedregosa de su graznido.

Íbico, dice la leyenda, era un poeta amado y admirado por todos. Su asesinato fue motivo de indignación incontenible; de ahí el juicio sumarásimos a los verdugos denunciados por las grullas. Sobre la figura histórica de Íbico, al margen de la leyenda, debe decirse lo siguiente: vivió en el siglo VI antes de Cristo; fue cantor en la corte del tirano de Samos, Polícrates, también protector de Anacreonte. Apenas poco más de un centenar de sus versos se conservan. Nació en Regium, el actual Reggio en la italiana Calabria de la Magna Grecia.

Helenistas y clasicistas de talentos y estilos diferentes—Carlos García Gual, Rubén Bonifaz Nuño, Marguerite Yourcenar, entre otros—se han ocupado de este poeta en obras de divulgación. Marguerite Yourcenar, en la antología de sus traducciones poéticas griegas, titulada *La Couronne et la Lyre*, destaca el carácter sagrado del poeta como trasfondo de la leyenda del crimen en el yermo, atestiguado por las grullas vengadoras; a continuación, menciona el poema

de Friedrich von Schiller con el tema: “Die Kraniche des Ibykus”.

Schiller (1759-1805), como buen romántico, discernía en la leyenda ese carácter sagrado—apolíneo, específicamente—del poeta, señalado por Yourcenar. Íbico es una criatura excepcional y su destino también lo será; excepcional por su muerte violenta y por el acto mágico de las aves y su justa venganza: las grullas, a las cuales quedará inextricablemente unido su nombre en la mitología poética.

El poema de Schiller está compuesto en estrofas de ocho versos, rimados, por supuesto; aquí presento, con la orientación de una traducción a la lengua inglesa—pero siguiendo la sintaxis alemana—, un esbozo de traducción de la primera estrofa del poema schilleriano en la forma clásica de la octava real:

A la lucha de carros y canciones,
lugar de unión de la greciana gente
en el istmo corinto, ¡oh bendiciones!,
Íbico, de los dioses, va, obediente.
Le dio Apolo sus músicos blasones:
la dulce voz poética, sapiente.
Desde Regium, ligero de equipaje,
parte, inspirado, a su sagrado viaje.

Íbica el nombre —anota Gristóbal Cuevas, moderno editor de fray Luis de León— parece una reminiscencia de *ibis*, nombre de otra ave ilustre.

Un día, mientras pensaba en las grullas de Íbico, caí en la cuenta de un hecho a la vez evidente y misterioso (...es un *misterio claro*): la palabra “grúa” es una metáfora lexicalizada. Las primeras grúas—frágiles armatostes de largo “cuello”, por así decir—les parecieron a sus inventores semejantes a las figuras voladoras de ciertas aves: *las grullas*. ¡Eureka! Las grúas son grullas, ni más ni menos; más todavía: la palabra “grúa” fue utilizada durante algún tiempo, en nuestra lengua, para designar a esos mismos pájaros. Así ocurre en el Libro del Conde Lucanor, en un pasaje delicioso donde aparece el admirable Saladino, azote de los abominables cruzados, en una escena de cetrería en la cual los cazadores lanzan

a los halcones en pos de una “grúa”: “Et quando Saladín llegó do los falcones estavan con la grúa, descendió mucho aína por lo acorrer”.

En la lengua inglesa ocurre algo parecido: consúltese en el diccionario inglés-español más a mano la palabra “*crane*”.

Muchas de las grúas actuales utilizadas para desplazar automóviles no se parecen a las antiguas máquinas cargadoras de largo cuello; éstas pueden verse todavía, sin embargo, en faenas, a veces vertiginosas, en las abundantes construcciones metropolitanas de cualquier parte del mundo. En la ciudad de Nueva York, en marzo de 2008, una de esas grúas se vino abajo y mató a varios trabajadores de la construcción, además de dañar los edificios vecinos al lugar del desastre.

El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) ofrece esta descripción de la grulla: “Ave zancuda, que llega a doce o trece decímetros de altura y tiene pico cónico y prolongado, cabeza en parte cubierta con algunos pelos pardos y rojos, cuello largo y negro, alas grandes y redondas, cola pequeña, pero de cobijas largas y cerdosas, y plumaje de color gris”. Agrega el DRAE, con un delicioso y conmovedor localismo: “Es ave de paso en España, de alto vuelo, y suele mantenerse sobre un pie cuando se posa”; esta última observación alimenta las imágenes moralizadoras o edificantes de la grulla como ave prudente o ave vigilante. La segunda acepción dice así: “Antigua máquina militar para atacar las plazas”, es decir: la grúa; y la tercera, un hondureñismo, explica: “Grupo de personas que inesperadamente se presenta, de una vez y sin orden, en un lugar o en un evento”. La cuarta acepción, “polainas”, es rara, pero no hay razones para no creerle al venerable DRAE, a partir de cuyas definiciones podemos creer cualquier cosa... o no creer nada, dos posibilidades igualmente saludables.

Al final de la entrada, el DRAE informa acerca de la “grulla damisela”, “de menor tamaño que la común, con dos penachos blancos tras los ojos y el cuello y el pecho negros”. **||**